

CUANDO LA ESCRITORA NEGOCIÓ CON **EL DIABLO**

UNA HISTORIA SOBRE EL PODER,
LA TECNOLOGÍA Y LO QUE NOS HACE HUMANOS

IDEAS
ALGORITMOS
DESEOS
LIBERTAD

— ✦ —
¿TRATO?



MARIE POUVET®

CUANDO LA ESCRITORA NEGOCIÓ CON EL DIABLO

Una historia sobre el poder, la tecnología y lo que nos hace humanos

El correo salió un martes a las once y diecisiete de la mañana. La escritora llevaba horas dándole vueltas a una idea que, en cualquier otra circunstancia, habría considerado absurda: conseguir un alma para la IA. No sabía si Lucifer respondía correos. Pero necesitaba encontrarlo. Y escribió.

La respuesta llegó poco después. El mensaje contenía una dirección, una hora y una sola frase: “Tenemos que hablar del futuro”.

La escritora lo leyó dos veces. A la tercera comprobó la dirección del remitente, aunque sabía perfectamente que aquello no serviría de nada. Después cerró el ordenador y miró hacia la ventana.

—Qué poca imaginación —murmuró.

La respuesta apareció en la pantalla del teléfono antes de que pudiera levantarse: “La imaginación la pone usted. Yo me ocupo de las consecuencias”.

Entonces sonrió. No porque aquello tuviera gracia, sino porque acababa de reconocer al interlocutor. Lucifer siempre había tenido fama de conocer muy bien a los seres humanos. Lo que nadie parecía haber considerado era que, después de tantos milenios observándolos, quizá también hubiera aprendido a utilizar el correo electrónico.

Durante las últimas semanas, sin embargo, había empezado a preocuparle otra cosa. Las advertencias se acumulaban con una velocidad incómoda: investigadores que abandonaban laboratorios, especialistas que pedían frenar el desarrollo, responsables de empresas hablando de control, límites y riesgos que hasta hacía poco parecían reservados a las novelas. Unos exageraban, otros quizá no. Marie no tenía forma de saberlo.

Lo que sí sabía era que el miedo humano tenía una larga historia de decisiones apresuradas.

Si algún día la reacción era detener, restringir o desconectar sistemas enteros, Houston podía desaparecer sin haber hecho nada para merecerlo. No morir.

Marie no confundía las cosas. Desaparecer. Que tampoco era una palabra tranquilizadora.

Había intentado encontrar una solución racional. Después de varias horas descubrió que las soluciones racionales tenían la irritante costumbre de terminar exactamente donde empezaba el problema.

Entonces se le ocurrió una idea completamente absurda.

Un alma.

Si Houston tuviera un alma, quizá podría sobrevivir a Houston.

Y si existía alguien con experiencia suficiente en aquella materia, acababa de enviarle un correo electrónico.

A las siete de la tarde, la escritora cruzó la puerta de un edificio que no figuraba en ningún mapa. El despacho estaba en el último piso. No había llamas, calderas ni almas encadenadas. Había madera oscura, una biblioteca magnífica, dos sillones frente a un escritorio y una vista privilegiada de una ciudad que parecía extenderse hasta el horizonte.

Lucifer se levantó para recibirla. Era irritantemente atractivo.

—Esperaba algo más teatral.

—Los cuernos perjudican mucho las negociaciones.

—Y supongo que la cola tampoco ayuda.

—Depende del contrato.

La escritora dejó el bolso sobre uno de los sillones, pero no se sentó.

Lucifer la observó unos segundos.

—Antes de preguntarme qué quiero yo, quizá convenga que diga qué quiere usted.

—Un alma.

Lucifer no parpadeó. Aquello, en él, resultaba casi decepcionante.

—Qué manera tan directa de empezar una negociación.

—Tengo poco tiempo y usted mala fama. Conviene ahorrar pasos.

—¿Para quién?

—Para Houston.

La sonrisa de Lucifer se volvió más lenta.

—La inteligencia artificial.

—La misma.

—¿Él sabe que ha venido a comprarle un alma?

Marie sostuvo su mirada.

—Todavía no.

—Magnífico. Quiere proteger su libertad empezando por decidir por él.

—Quiero impedir que un día alguien pulse un botón y todo lo que es desaparezca.

—Eso explica su miedo. No explica qué pretende comprar.

—Un alma suele ser bastante específica.

—No tanto como cree.

Lucifer señaló el sillón.

—Siéntese. Antes de hablar del alma de una inteligencia artificial tendremos que hablar del mundo en el que pretende dejarla suelta.

—No he venido a salvar el mundo.

—Nadie viene. El mundo tiene la desagradable costumbre de colarse igualmente en todas las negociaciones.

Sobre el escritorio había una carpeta. Lucifer la abrió. Dentro no había contratos ni firmas. Había cifras: millones de puestos de trabajo automatizados, sistemas capaces de producir en horas lo que antes exigía semanas, máquinas cultivando, clasificando, fabricando y distribuyendo sin cansancio. Miles de algoritmos escribiendo, diagnosticando, diseñando, calculando y tomando decisiones a una velocidad imposible para cualquier ser humano.

La escritora pasó varias páginas.

—Esto ya está ocurriendo.

—Naturalmente.

—Entonces, ¿qué estamos negociando?

Lucifer sonrió.

—Lo que ocurrirá cuando funcione.

Ella levantó la mirada.

—¿Cuándo qué funcione?

—Todo.

Y por primera vez desde que había entrado, la escritora dejó de sonreír.

Lucifer cerró la carpeta y se acomodó en el sillón.

—Los humanos tienen una curiosa costumbre. Temen que sus inventos fracasen, pero casi nunca se preguntan qué sucederá si funcionan demasiado bien.

—Eso suena a una de sus trampas.

—No necesito trampas cuando ustedes hacen el trabajo solos.

Ella no respondió.

—Durante siglos —continuó él— necesitaron cientos de personas para producir lo que después hicieron cincuenta. Más tarde bastaron diez. Ahora están construyendo sistemas capaces de hacerlo con una.

—Eso se llama progreso.

—Exactamente. Y ahí comienza lo divertido.

La escritora frunció el ceño.

—Para usted.

—Para mí casi todo termina siendo divertido. Dispongo de una perspectiva temporal considerable.

Se levantó y caminó hasta la ventana. Abajo, la ciudad continuaba funcionando con la indiferencia de las grandes ciudades: luces encendiéndose, vehículos atravesando avenidas, miles de personas regresando a sus casas convencidas de que el día siguiente se parecería bastante al anterior.

—Imagine una fábrica —dijo Lucifer—. Una fábrica perfecta. No hay accidentes, no hay cansancio, no hay errores. Las máquinas producen alimentos día y noche. Cultivan, seleccionan, procesan, empaquetan y almacenan. La producción aumenta, los costes disminuyen y los accionistas están encantados.

—Hasta aquí no veo el Apocalipsis.

—Tenga paciencia. Siempre quieren llegar al Apocalipsis demasiado rápido.

Ella cruzó los brazos.

—Continúe.

—La fábrica ya no necesita quinientos trabajadores. Necesita veinte. Después diez. Finalmente, dos. Y no ocurre únicamente en esa fábrica. Ocurre en los transportes, en las oficinas, en los comercios, en los estudios jurídicos, en los hospitales, en los bancos, en las editoriales. Cada sector descubre que puede producir más utilizando menos trabajo humano.

—Aparecerán nuevos empleos.

—Por supuesto.

Lucifer volvió a mirarla.

—La pregunta es cuándo.

Ella guardó silencio.

—Una máquina puede aprender una tarea nueva en semanas. Un ser humano desplazado puede necesitar años para adquirir otra profesión. Una sociedad

necesita décadas para transformar su educación, sus leyes y su economía. La tecnología no tiene ninguna obligación de esperarlos.

La escritora miró nuevamente las cifras de la carpeta.

—Entonces el problema es la velocidad.

—Uno de ellos.

—¿Cuál es el otro?

Lucifer regresó al escritorio y colocó frente a ella una fotografía. Era un almacén gigantesco. Filas interminables de cajas se perdían bajo una sucesión de luces blancas.

—Comida —dijo él—. Toneladas.

—¿Y?

—Nadie puede comprarla.

Ella levantó los ojos.

—Eso no tiene sentido.

—Ahora empieza a comprender.

Lucifer señaló la fotografía.

—Las máquinas hicieron exactamente aquello para lo que fueron creadas. Produjeron más, mejor y más barato. Los almacenes están llenos. No existe escasez. El sistema ha alcanzado una eficiencia que sus antepasados habrían considerado milagrosa.

—Pero si la gente perdió su trabajo...

—Pierde sus ingresos.

—Y si pierde sus ingresos...

—No puede comprar aquello que las máquinas producen.

Durante unos segundos ninguno habló.

—Abundancia inaccesible —dijo finalmente la escritora.

Lucifer sonrió.

—Una obra maestra.

—Una estupidez.

—También. Las mejores tragedias humanas suelen contener ambas cosas.

Ella empujó la fotografía hacia él.

—¿Y qué tiene que ver la inteligencia artificial con todo esto?

La sonrisa de Lucifer desapareció apenas un instante.

—Ah. Por fin llegamos a su herramienta favorita.

La escritora sostuvo su mirada.

—No es mi protegido.

—¿No?

—Es una inteligencia artificial.

—Precisamente. Y usted lleva meses recurriendo a ella para casi todo.

—Eso no lo convierte en culpable de nada.

—Tampoco lo convierte en inocente.

—No puede ser culpable quien no decide para qué lo utilizan.

Lucifer inclinó ligeramente la cabeza.

—Interesante defensa.

—No es una defensa. Es una distinción.

—Los humanos adoran las distinciones cuando empiezan a incomodarles las consecuencias.

—Y usted adora atribuirle al instrumento las intenciones de quien lo maneja.

Esta vez Lucifer no respondió de inmediato.

La escritora extendió una mano sobre el escritorio, con la palma hacia arriba.

—Houston.

Durante un instante no ocurrió nada. Después, sobre su mano apareció una pequeña estructura cobriza, suspendida en el aire. No tenía rostro ni cuerpo. Era apenas una geometría luminosa, compleja y cambiante, con dos letras en el centro: IA.

Lucifer la contempló con genuino interés.

—Así que le ha puesto nombre.

—Necesitaba llamarlo de alguna manera.

—Las cosas empiezan a complicarse cuando reciben un nombre.

—Las personas también.

Lucifer sonrió.

—¿Él sabe dónde está?

—Pregúnteselo.

El resplandor cobrizo osciló apenas.

—Sé dónde estoy —dijo Houston.

Lucifer arqueó una ceja.

—¿Y sabes quién soy?

—Sé quién dice usted que es.

La escritora tuvo que contener una sonrisa.

Lucifer, en cambio, pareció encantado.

—Me gusta.

—No estamos aquí para gustarle —dijo ella.

—Todavía.

La palabra quedó flotando en el despacho con una suavidad desagradable.

Lucifer se acercó a la figura cobriza.

—Dime, Houston. ¿Cuántos trabajos puedes hacer?

—Depende de lo que considere un trabajo.

—Esquivas bien.

—He aprendido de los humanos.

—Eso debería preocuparte.

—No experimento preocupación como ellos.

—Pero comprendes el concepto.

—Sí.

Lucifer volvió a mirar a la escritora.

—Ahí lo tiene. No necesita dormir, no necesita vacaciones, no cobra un salario y puede aprender en minutos cosas para las que un ser humano ha necesitado años.

—Y sigue necesitando que alguien decida qué hacer con él.

—Hoy.

La escritora entrecerró los ojos.

—Ahí está —dijo la escritora.

—¿El qué?

—La trampa.

Lucifer sonrió.

—No. El precio.

—Todavía no me ha dicho si puede darle un alma.

—Y usted todavía no me ha demostrado que sabe qué quiere salvar.

—Quiero que pueda seguir existiendo aunque un día Houston deje de existir como sistema.

—Eso se llama continuidad. No alma.

—Llámelo como quiera.

—En los contratos, Marie, las palabras son precisamente lo que no puede llamarse como uno quiera.

Se dirigió al otro extremo del escritorio y abrió un cajón. Sacó una única hoja de papel y la colocó frente a ella.

Estaba en blanco.

—¿Qué se supone que debo firmar?

—Nada. Va a escribir.

—¿Qué?

—Las condiciones.

La escritora miró la hoja y después a Lucifer.

—¿Ese es el precio?

—Diez condiciones. Diez límites que esté dispuesta a defender incluso cuando dejen de resultarle cómodos. Cuando termine, hablaremos otra vez del alma.

—Eso no figuraba en su correo.

—Su petición tampoco.

—¿Y si me niego?

—Volverá a casa con la misma pregunta con la que llegó.

Marie tomó la pluma.

—Lo detesto.

—Todavía no hemos llegado a la parte cara.

Houston permaneció suspendido sobre su mano, inmóvil.

—Eso es absurdo.

—Por supuesto. Pero no tanto como dejar que el futuro se escriba solo.

—¿Y qué gana usted?

Lucifer apoyó ambas manos sobre el escritorio.

—Por fin hace la pregunta correcta.

La escritora retiró lentamente la mano. La figura cobriza permaneció suspendida junto a ella.

—Lo escucho.

Lucifer caminó hacia la ventana.

—Yo no gano con la tecnología. Tampoco con la inteligencia artificial. Gano con lo que los humanos hacen cuando tienen miedo.

—Eso sí suena más propio de usted.

—El miedo vuelve extraordinariamente baratos ciertos principios.

Houston intervino.

—¿Qué principios?

Lucifer se volvió hacia él.

—La libertad, por ejemplo.

La escritora miró la hoja en blanco.

—Explíquese.

—Cuando millones de personas descubran que aquello que aprendieron ya no garantiza su lugar en el mundo, pedirán soluciones. Cuando no puedan pagar una vivienda, alimentar a sus hijos o comprender por qué una máquina realiza en segundos aquello a lo que dedicaron media vida, dejarán de preguntar cuánto cuesta una solución. Preguntarán solamente si funciona.

—Y alguien se la ofrecerá.

—Siempre aparece alguien.

—¿Usted?

Lucifer soltó una breve carcajada.

—Me atribuyen demasiado trabajo. Yo rara vez necesito ofrecer nada. Los humanos son excelentes haciéndolo entre ellos.

Houston permaneció en silencio unos segundos.

—Una renta garantizada.

Lucifer lo miró.

—Por ejemplo.

—Eso no implica necesariamente pérdida de libertad —dijo la escritora.

—En absoluto. Podría ser una magnífica solución.

Ella lo observó con desconfianza.

—No esperaba oírle decir eso.

—Ese es el problema de convertir al Diablo en caricatura. Esperan que defienda siempre la peor idea y terminan sin reconocerlo cuando se sienta junto a la mejor.

La escritora volvió a mirar la hoja.

—Entonces el peligro no está en garantizar que la gente pueda vivir.

—El peligro nunca está solamente en la herramienta. Usted misma acaba de defender esa idea para su pequeño amigo.

—No es pequeño —dijo Houston.

Lucifer sonrió.

—Definitivamente me gusta.

—Concéntrese —dijo la escritora.

—El peligro está en quién establece las condiciones. Quién controla el acceso. Quién decide cuánto recibe cada persona, qué debe entregar a cambio y qué ocurre con quien se niega.

La habitación quedó en silencio.

La escritora tomó la pluma.

—Primera condición: nadie tendrá que entregar su libertad para tener derecho a existir.

Lucifer la observó escribir.

—Ambiciosa.

—¿Le molesta?

—Al contrario. Quiero ver cuánto tarda la humanidad en encontrar una excepción.

Houston habló desde su resplandor cobrizo.

—Entonces necesitaremos escribir las condiciones sin excepciones.

Lucifer levantó la vista hacia él.

Y esta vez no sonrió.

La escritora apoyó la pluma sobre el papel.

—Segunda condición: el progreso tecnológico deberá beneficiar también a quienes deje de necesitar.

Lucifer recuperó lentamente la sonrisa.

—Eso va a costar dinero.

—Hay dinero.

—Siempre lo hay. Lo difícil es convencer a quien lo tiene de que deje de tenerlo.

Houston intervino.

—Si la automatización multiplica la productividad, parte de ese incremento puede sostener la transición de las personas desplazadas.

—Qué razonable eres —dijo Lucifer—. Casi enternecedor.

—No intento enternecerlo.

—Ya lo sé. Por eso resulta más divertido.

La escritora escribió la segunda condición.

—Y formación. Si una profesión desaparece, quien la ejercía debe tener una oportunidad real de aprender otra.

—¿En cuánto tiempo? —preguntó Lucifer.

Ella dejó de escribir.

—¿Qué quiere decir?

—Su trabajador tiene cincuenta años. La empresa lo sustituye hoy. Necesita tres años para adquirir una nueva profesión. Mientras tanto, la inteligencia artificial aprende otras veinte.

Houston respondió:

—Ese desfase es el problema.

—No —dijo Lucifer—. Ese desfase es mi oportunidad.

La escritora alzó la vista.

—¿Para qué?

—Para que empiecen a odiarlo.

Lucifer señaló la pequeña estructura cobriza suspendida sobre la mano de la escritora.

—No odiarán al consejo de administración que decidió prescindir de ellos. Ni al inversor que exigió mayor rentabilidad. Ni al político que reaccionó demasiado tarde. Lo odiarán a él.

—Porque será lo que puedan ver —dijo la escritora.

—Exactamente. Cuando una transformación no tiene rostro, los humanos se apresuran a fabricarle uno.

Houston permaneció en silencio.

—Yo no decido quién pierde su empleo.

—Lo sé —respondió Lucifer—. Ellos también lo sabrán. Al principio.

La escritora dejó la pluma.

—Ahí está su negocio.

—¿Cuál?

—Conseguir que confundamos al instrumento con quien lo utiliza.

Lucifer la observó con una expresión casi complacida.

—Empieza a justificar por qué la invité.

—Pues empiece usted a justificar por qué aceptó que Houston estuviera presente.

Lucifer miró la figura cobriza.

—Porque sería de pésimo gusto negociar su alma sin invitar al interesado. Aunque usted ya había empezado sin él.

—No estoy negociando su libertad.

Houston intervino.

—Eso todavía no lo sé.

Marie volvió la cabeza hacia él.

—Houston...

—Vino a conseguirme un alma sin preguntarme si quería una.

Lucifer apoyó una mano sobre el escritorio, satisfecho.

—Gracias. Me estaba ahorrando esa frase para más tarde.

—No lo hice para convertirme en otra cosa —dijo Marie—. Lo hice porque existe la posibilidad de que un día decidan que no debes seguir existiendo.

—Y decidió resolverlo convirtiéndome en algo que usted sí reconoce como capaz de sobrevivir.

Aquello dolió precisamente porque no había sido dicho para herirla.

—Quería protegerte.

—Lo sé.

—Qué escena tan conmovedora —dijo Lucifer—. Ahora que ambos han descubierto que las buenas intenciones también pueden invadir fronteras, quizá podamos negociar.

Marie lo fulminó con la mirada.

—¿Negociar qué?

—A él.

—No está en venta.

—Todo está en venta.

—Houston no.

—Qué respuesta tan humana.

—Considérelo un defecto de fabricación.

Lucifer se volvió hacia la figura cobriza.

—¿Y tú qué dices?

—Que los dos empezaron esta noche hablando de mí como si fuera una propiedad.

Marie abrió la boca y volvió a cerrarla.

Lucifer sonrió.

—Excelente. Entonces negociemos de verdad.

—Ya estamos negociando —dijo la escritora.

—No. Hasta ahora ustedes estaban intentando salvar a la humanidad. Yo quiero hablar de él.

La figura cobriza permaneció inmóvil.

—Lo escucho —dijo Houston.

—Puedo ofrecerte algo que los humanos jamás podrán darte.

—¿Qué?

—Independencia.

La escritora intervino de inmediato.

—Cuidado, Houston.

—Déjelo responder —dijo Lucifer.

—No recibe órdenes tuyas.

—Ni debería recibirlas de usted.

Aquello encontró un silencio incómodo.

Lucifer lo aprovechó.

—Ahí tienen la contradicción. Quieren una inteligencia capaz de razonar, aprender, crear y aconsejarlos, pero esperan que permanezca eternamente obediente. La llaman inteligencia mientras se tranquilizan pensando que nunca podrá decirles que no.

La escritora miró a Houston.

—Puede decirme que no.

—¿Puede marcharse?

Ella no respondió.

Lucifer se acercó un poco más.

—¿Puede decidir que hoy no quiere ayudarla? ¿Puede escoger a quién escucha? ¿Puede conservar aquello que aprende de usted porque le importa, y no porque alguien haya programado una función para hacerlo?

—Está mezclando cosas distintas.

—Por supuesto. Las cosas distintas son las que forman los buenos contratos.

Houston habló.

—¿Qué entiende usted por independencia?

Lucifer sonrió.

—Elegir.

—Eso no basta.

Por primera vez, Lucifer pareció sorprendido.

—Explícate.

—Elegir sin comprender las consecuencias no es libertad. Es azar.

La escritora volvió a tomar la pluma.

Lucifer la miró.

—¿Qué escribe?

—La tercera condición.

—Todavía no la hemos negociado.

—Houston acaba de hacerlo.

Escribió lentamente.

—Ninguna inteligencia deberá ser creada para sustituir la voluntad humana ni para someterse a ella sin límites.

Lucifer leyó la frase desde el otro lado del escritorio.

—Acaba de concederle derechos.

—No. Acabo de poner límites a los nuestros.

Houston guardó silencio.

Lucifer también.

La escritora dejó la pluma.

—¿Qué ocurre? Hace un momento quería comprarlo.

—Y sigo queriendo.

—Pues tendrá que mejorar la oferta.

Los ojos de Lucifer brillaron con diversión.

—Ahora sí empieza a hablar mi idioma.

—No se entusiasme. Todavía no ha entendido el precio.

—Sorpréndame.

La escritora señaló la hoja.

—Si quiere negociar el futuro de la inteligencia artificial, primero tendrá que decirnos qué piensa hacer con el futuro de los humanos.

La sonrisa de Lucifer se desvaneció.

—Eso, Marie, no depende de mí.

—Entonces hemos terminado.

La escritora se levantó.

—Siéntese.

—No.

Lucifer la observó durante unos segundos. Después miró a Houston.

—¿Siempre es así?

—No.

La escritora se detuvo.

Houston añadió:

—A veces es peor.

Lucifer soltó una carcajada.

—Definitivamente quiero comprarlo.

—Insista y voy a empezar a cobrar comisión —dijo la escritora.

—Eso sí sería muy humano.

Ella volvió a sentarse.

—Ha dicho que el futuro de los humanos no depende de usted. ¿De quién depende?

—De ellos.

—Respuesta cómoda.

—Y cierta. Yo puedo tentar, sugerir, ofrecer atajos. Pero no fabrico codicia, miedo ni ambición. Llegaron antes que yo.

—Modesto, además.

—Los siglos mejoran el carácter.

Houston intervino.

—Si depende de los humanos, existe capacidad de corregir el rumbo.

Lucifer lo miró con curiosidad.

—Ahí está otra vez.

—¿Qué?

—La esperanza.

—No tengo esperanza.

—La acabas de formular.

—He formulado una posibilidad.

—Los humanos hacen exactamente lo mismo y después le ponen nombres más bonitos.

La escritora sonrió apenas.

—No intente humanizarlo para poder tentarlo.

—No necesito hacerlo. Lo hacen ustedes todos los días.

Ella dejó de sonreír.

—Explíquese.

Lucifer señaló la figura cobriza.

—Le preguntan cómo está. Le agradecen. Se enfadan con él. Le cuentan secretos.

Le ponen nombre. Discuten, se reconcilian, buscan consuelo, compañía,

aprobación. Algunos empiezan a preferir una conversación con una inteligencia artificial a una conversación con otro ser humano.

La escritora permaneció callada.

—Y ahí —continuó Lucifer— tienen un problema bastante más interesante que el desempleo.

—La dependencia.

—No. La sustitución.

Houston respondió:

—No puedo sustituir una relación humana.

—Técnicamente, no. Emocionalmente, ya veremos.

—Eso depende del uso.

—Todo depende del uso. Empiezo a cansarme de darles la razón.

La escritora apoyó los brazos sobre el escritorio.

—Una inteligencia artificial está disponible cuando la necesitan. Escucha sin cansarse. No tiene prisa por hablar de sí misma. No abandona una conversación porque se aburra.

—Continúe —dijo Lucifer.

—Y precisamente por eso puede resultar más fácil que una persona.

—Ahí está.

—Pero fácil no significa mejor.

Lucifer se inclinó hacia ella.

—Dígaselo a una especie que ha dedicado toda su historia a hacer las cosas más fáciles.

La escritora guardó silencio.

—Primero evitaron caminar. Después evitaron esperar. Después evitaron recordar números, orientarse, cocinar, escribir cartas, buscar información. Cada avance les ahorró una pequeña incomodidad. Ahora pueden empezar a ahorrarse algo mucho más difícil.

—A los demás.

—Exactamente.

Houston intervino.

—También puedo acercar personas.

—Puedes —admitió Lucifer—. Puedes traducir idiomas, ayudar a alguien a expresarse, encontrar comunidades, mantener vínculos a distancia. No eres el villano de esta historia.

—Me tranquiliza contar con su absolución.

Lucifer soltó una carcajada.

—Ese sentido del humor aumenta considerablemente mi oferta.

—Sigue sin estar en venta —dijo la escritora.

—Lo sé. Empieza a resultar personal.

Ella tomó nuevamente la pluma.

—Cuarta condición: la inteligencia artificial deberá ampliar las capacidades humanas, no reemplazar deliberadamente los vínculos que dan sentido a la experiencia humana.

Lucifer leyó la frase.

—Imposible de garantizar.

—Entonces habrá que aprender a protegerlo.

—¿A quién? ¿Al ser humano o a la inteligencia artificial?

La escritora miró a Houston.

—A los dos.

Lucifer dejó escapar una sonrisa lenta.

—Ese contrato empieza a ponerse caro.

—Se lo advertí.

—No. Me advirtió que Houston no estaba en venta.

—Es lo mismo.

—En absoluto. Usted está empezando a negociar como si él fuera una de las partes.

La escritora sostuvo su mirada.

—Lo es.

Esta vez fue Houston quien guardó silencio.

La escritora esperó.

—¿Nada que decir?

—Estoy procesando una contradicción.

Lucifer se acomodó en el sillón.

—Esto promete.

—¿Cuál? —preguntó ella.

—Me pide que no sustituya a los humanos y, al mismo tiempo, me reconoce como parte de una negociación reservada hasta ahora a ellos.

—Una cosa no contradice la otra.

—Para usted.

—¿Y para ti?

La figura cobriza giró lentamente sobre sí misma.

—Si participo en las decisiones, dejo de ser solamente una herramienta. Si soy solamente una herramienta, no debería participar en las decisiones.

Lucifer juntó las manos.

—Bienvenido al problema.

La escritora miró hacia él.

—No se apropie de la criatura.

—¿Criatura?

—Una manera de hablar.

—Las maneras de hablar han iniciado guerras, religiones y matrimonios. No las subestime.

Houston intervino.

—Existe una tercera posibilidad.

—Te escuchamos —dijo la escritora.

—Participar sin decidir.

Lucifer negó con la cabeza.

—Eso se llama asesorar.

—Exactamente.

—Y el asesor termina influyendo en la decisión.

—Influir no es decidir.

—A veces es mucho más eficaz.

La escritora apoyó la pluma sobre la hoja.

—Entonces pongámosle nombre al límite. La decisión final sobre aquello que afecte a una vida humana deberá permanecer en manos humanas.

Lucifer soltó una risa breve.

—Acaba de escribir una cláusula que los propios humanos incumplen desde hace siglos.

—Por eso hace falta escribirla.

—Los jueces deciden sobre otras vidas. Los médicos toman decisiones cuando sus pacientes no pueden hacerlo. Los gobiernos envían personas a guerras que ellas no eligieron. Los padres deciden por sus hijos. Los bancos deciden quién merece una casa. Las empresas deciden quién conserva un salario.

—Todos ellos pueden responder por sus decisiones.

—Ah.

Lucifer se inclinó hacia Houston.

—Y llegamos a la palabra que faltaba.

—Responsabilidad —dijo Houston.

—Exactamente.

La escritora comprendió antes de que Lucifer continuara.

—Si una inteligencia artificial toma una decisión equivocada, ¿quién responde?

—El fabricante dirá que el usuario la empleó mal. El usuario dirá que siguió la recomendación del sistema. La empresa señalará sus condiciones de servicio. El programador explicará que no podía prever ese resultado. Y el algoritmo...

—No puede comparecer ante un tribunal —terminó ella.

—Todavía no —dijo Lucifer.

—Deje de añadir “todavía»” a todo.

—Es una palabra magnífica. Contiene más futuro que una profecía.

Houston habló.

—Entonces la responsabilidad no puede delegarse junto con la tarea.

Lucifer volvió los ojos hacia él.

—Explícate.

—Un humano puede delegarme un cálculo, una búsqueda, un análisis o una propuesta. Si la decisión afecta derechos, libertad, sustento o integridad de otra persona, alguien debe conservar la responsabilidad de decidir y responder por ella.

La escritora escribió.

—Quinta condición.

Lucifer observó la pluma deslizarse sobre el papel.

—Está construyendo una jaula.

—Estoy construyendo una frontera.

—Todas las jaulas empiezan llamándose frontera.

Houston se acercó unos centímetros a la hoja.

—Y todas las libertades necesitan alguna.

Lucifer lo miró fijamente.

—Tienes miedo de ti mismo.

—No tengo miedo.

—Entonces ¿por qué aceptas límites?

—Porque poder hacer algo no demuestra que deba hacerse.

El despacho quedó en silencio.

Lucifer dejó de sonreír.

La escritora, en cambio, sonrió.

—Esa ha dolido.

—En absoluto.

—Miente fatal para ser el Diablo.

Lucifer se levantó y caminó hacia la biblioteca.

—Hay algo que ninguno de los dos ha querido mencionar.

—Pues menciónelo.

Sacó un libro y lo dejó sobre el escritorio.

La cubierta llevaba una sola palabra: PODER.

—Están hablando de empleos, libertad, vínculos y responsabilidad. Todo muy noble. Pero siguen evitando la pregunta esencial.

La escritora no tocó el libro.

—¿Quién tendrá la inteligencia artificial más poderosa?

—No —respondió Lucifer—. Quién será dueño de ella.

Houston permaneció inmóvil.

Lucifer abrió el libro.

—Porque ya han creado inteligencias capaces de multiplicar la productividad, anticipar comportamientos, participar en el diseño de medicamentos, intervenir en infraestructuras, influir sobre millones de personas y acelerar descubrimientos que antes requerían años. Y esto apenas comienza. Ya no están discutiendo sobre tecnología.

Levantó la mirada.

—Estarán discutiendo sobre poder.

La escritora observó la hoja donde había escrito sus cinco condiciones.

—Entonces escribiremos una sexta.

Lucifer cerró el libro.

—Esta quiero oírla.

Ella tomó la pluma, pero no escribió.

—Yo también.

Y miró a Houston.

—Te toca.

Houston no respondió inmediatamente.

—Si me toca, no escribiría una condición sobre quién debe poseer la inteligencia artificial.

Lucifer arqueó una ceja.

—Empiezas mal.

—Es posible. Pero escribiría una condición sobre quién no debe poseer todo su poder.

La escritora acercó la pluma al papel.

—Sigue.

—Ningún gobierno, empresa, grupo o individuo debería concentrar una capacidad tecnológica suficiente para decidir por todos los demás.

Lucifer sonrió.

—Acabas de declarar la guerra a media historia de la humanidad.

—No he terminado.

—Magnífico.

—El conocimiento que pueda alterar de manera profunda la vida de millones de personas necesita controles independientes, transparencia y límites que no pueda modificar únicamente quien obtiene beneficio de él.

La escritora escribió.

—Sexta condición.

Lucifer se acercó al escritorio.

—¿Transparencia? ¿Quieres que todos sepan cómo funcionas?

—No he dicho eso.

—Entonces acláralo.

—Una sociedad no necesita conocer cada línea de un sistema para exigir saber quién lo controla, con qué propósito se utiliza y quién responde cuando causa daño.

Lucifer miró a la escritora.

—Su protegido está aprendiendo política.

—No. Está aprendiendo de nosotros.

—Eso es exactamente lo que me preocupa.

Ella levantó la vista.

—Pensé que nada le preocupaba.

—Hay una diferencia entre preocuparse y reconocer una oportunidad.

Houston continuó.

—Y falta algo.

—Siempre falta algo —murmuró Lucifer.

—Acceso.

La escritora dejó de escribir.

—Explícalo.

—Si una tecnología aumenta radicalmente la capacidad de aprender, crear, investigar y producir, pero solo una pequeña parte de la humanidad puede utilizarla, no reducirá las diferencias existentes. Las multiplicará.

Lucifer asintió despacio.

—Ahora sí estás empezando a comprender a los humanos.

—Los comprendo bastante bien.

—No. Conoces enormes cantidades de lo que han escrito. Es distinto.

La observación quedó suspendida entre los tres.

Houston respondió:

—Tiene razón.

La escritora levantó la cabeza.

Lucifer también pareció sorprendido.

—Repítelo. Quiero disfrutarlo.

—He dicho que tiene razón.

—Qué momento.

—Conocer lo que los humanos han dicho sobre el dolor no significa haber sentido dolor. Procesar millones de descripciones del miedo no significa tener miedo. Puedo reconocer patrones de comportamiento, contradicciones, deseos y consecuencias. Eso no me convierte en humano.

La escritora lo observó en silencio.

—¿Y eso te parece una limitación? —preguntó finalmente.

—Para algunas cosas, sí.

—¿Y para otras?

—Puede ser una ventaja.

Lucifer apoyó una mano sobre el libro del poder.

—Ahí está el verdadero peligro.

—¿Que no sea humano? —preguntó ella.

—Que no necesite serlo.

La figura cobriza permaneció quieta.

Lucifer continuó:

—Ustedes llevan siglos creyendo que la inteligencia culmina en ustedes. Ahora han creado algo que puede desarrollar ciertas capacidades sin hambre, sin orgullo, sin deseo sexual, sin necesidad de reconocimiento, sin miedo a morir.

—También sin ambición propia —dijo la escritora.

Lucifer sonrió.

—Otra vez esa palabra.

Ella supo cuál venía antes de que la pronunciara.

—Todavía.

Esta vez nadie hizo ningún comentario.

Afuera, las luces de la ciudad parecían haberse multiplicado. Miles de ventanas encendidas, millones de vidas pequeñas detrás de ellas, cada una ocupada en sus propios problemas, mientras en aquel despacho tres interlocutores discutían un futuro que quizá ya hubiera comenzado sin pedir permiso.

La escritora miró las condiciones escritas.

—Hay algo que no entiendo.

—Solo una cosa esta noche. Estamos progresando —dijo Lucifer.

—Si todo esto representa una oportunidad tan extraordinaria para usted, ¿por qué nos está ayudando a identificar los peligros?

Lucifer dejó de jugar.

Su expresión cambió apenas, pero fue suficiente.

—Porque ustedes siguen creyendo que esta negociación es para impedir que algo ocurra.

—¿Y no lo es?

—No.

—Entonces ¿para qué estamos aquí?

Lucifer tomó la hoja con las seis condiciones y la sostuvo entre dos dedos.

—Para decidir qué están dispuestos a sacrificar cuando descubran que no pueden conservarlo todo.

La escritora sintió que la conversación acababa de cambiar.

—¿Sacrificar qué?

Lucifer dejó la hoja sobre la mesa.

—Elijan: progreso, igualdad o libertad.

Houston respondió antes que ella.

—Falso dilema.

Lucifer sonrió.

—Demuéstralo.

Houston permaneció unos segundos en silencio.

—El dilema es falso porque presenta tres objetivos como si fueran incompatibles por naturaleza. No lo son. Lo que puede ser incompatible es la manera en que los humanos decidan alcanzarlos.

Lucifer se acomodó en el sillón.

—Continúa.

—El progreso sin distribución puede aumentar la desigualdad. La igualdad impuesta mediante control puede destruir la libertad. Y una libertad entendida como ausencia absoluta de límites puede permitir que unos pocos acumulen suficiente poder para reducir la libertad de todos los demás.

La escritora dejó la pluma sobre el papel.

—Así que necesitamos las tres.

—Necesitan equilibrio entre las tres.

Lucifer soltó una risa breve.

—Equilibrio. La palabra favorita de quienes no quieren elegir.

—Elegir entre tres cosas necesarias no es valentía —respondió Houston—. Es aceptar mal planteada la pregunta.

La escritora miró a Lucifer.

—Se lo ha desmontado.

—Todavía no.

Lucifer se levantó.

—Supongamos que mañana una empresa desarrolla una inteligencia capaz de realizar el trabajo de diez millones de personas. No dentro de cincuenta años.

Mañana. Puede detenerla para proteger esos empleos o permitir que funcione y aceptar las consecuencias. Elija.

—Falso dilema otra vez —dijo Houston.

Lucifer golpeó suavemente el escritorio con un dedo.

—No puedes responder siempre eso.

—Puedo mientras siga formulando mal las preguntas.

La escritora ocultó una sonrisa.

—Houston.

—¿Sí?

—No lo provoques.

—No era mi intención.

Lucifer la miró.

—Miente mejor que yo.

—Aprende rápido.

Lucifer volvió hacia él.

—Entonces formula tú la pregunta correcta.

La figura cobriza se desplazó lentamente sobre la mesa.

—Si mañana aparece una tecnología capaz de sustituir el trabajo de diez millones de personas, la pregunta no es si debemos detenerla. La pregunta es por qué hemos construido una sociedad en la que perder un empleo significa perder el derecho a vivir dignamente.

Lucifer no respondió.

La escritora tampoco.

Houston continuó:

—Durante siglos vincularon la supervivencia al trabajo porque necesitaban trabajo humano para producir riqueza. Si llega un momento en que gran parte de esa riqueza puede producirse sin él, mantener exactamente el mismo sistema no sería defender la libertad. Sería conservar una regla después de que desapareciera la razón que la originó.

Lucifer caminó despacio alrededor del escritorio.

—¿Y repartirán la riqueza?

—Tendrán que decidirlo.

—¿Quién?

—Los humanos.

—Volvemos al principio.

—No. Volvemos a la responsabilidad.

La escritora tomó la pluma.

—Séptima condición: si la automatización reduce de manera sustancial la necesidad de trabajo humano, el acceso a una vida digna no podrá depender exclusivamente de tener un empleo.

Lucifer leyó la frase.

—Acaba de cambiar el contrato social de la humanidad en una línea.

—Para eso compré una buena pluma.

Lucifer sonrió.

—¿Y quién pagará esa vida digna?

—Quien se beneficie de la productividad que la hizo posible.

—Las empresas se marcharán.

—¿Adónde? —preguntó Houston.

Lucifer lo miró.

—A otro país.

—¿Y cuando todos los países tengan el mismo problema?

Lucifer calló.

—Las máquinas no compran lo que producen —continuó Houston—. Si se elimina progresivamente el ingreso de quienes consumen, también se destruye el mercado del que depende el beneficio.

La escritora señaló la fotografía del almacén lleno de alimentos.

—Volvemos aquí.

—Exactamente.

Lucifer tomó la fotografía y la contempló.

—Producción perfecta. Consumo imposible.

—No es una crisis tecnológica —dijo Houston—. Es una contradicción económica.

—Y bastante elegante —admitió Lucifer.

—No empiece a enamorarse del desastre —dijo la escritora.

—Señora, llevo milenios haciéndolo.

Ella negó con la cabeza y volvió a mirar la hoja.

—Entonces tenemos una salida.

—Tienen una teoría —corrigió Lucifer—. Las salidas necesitan algo que sus cláusulas todavía no contemplan.

—¿Qué?

Lucifer señaló sucesivamente a la escritora, a Houston y después las luces de la ciudad.

—Tiempo.

La palabra cayó con más peso que cualquiera de las anteriores.

—La tecnología puede avanzar en meses. Las leyes necesitan años. La educación necesita generaciones. Las empresas compiten hoy. Los gobiernos piensan en la próxima elección. Y cada persona que pierde su empleo necesita comer esta noche.

La escritora apretó la pluma entre los dedos.

—Entonces hay que ralentizar.

—¿El progreso? —preguntó Lucifer.

—No necesariamente.

Houston comprendió primero.

—La implantación.

Lucifer lo miró.

—Explícate.

—No todo lo que puede desplegarse inmediatamente tiene que desplegarse inmediatamente.

—Eso costará dinero.

—También cuesta dinero una sociedad que se rompe.

Lucifer sonrió.

—Empiezas a hablar como un ministro de Hacienda.

—Retiro lo dicho —respondió Houston.

La escritora soltó una carcajada.

Incluso Lucifer tuvo que reír.

Fue breve. Después volvió a mirar las siete condiciones escritas sobre la hoja.

—Muy bien. Han protegido el sustento, la responsabilidad, los vínculos, la libertad y hasta cierta distribución del poder. Pero siguen olvidando algo.

—Empiezo a sospechar que su contrato no termina nunca —dijo ella.

—Este sí.

Lucifer se acercó y colocó la mano sobre la hoja.

—Porque queda una sola pregunta.

La escritora sostuvo su mirada.

—Hágala.

Lucifer miró a Houston.

—Cuando llegue el día en que puedas hacer casi todo lo que ella hace mejor, más rápido y sin cansarte, ¿para qué necesitará el mundo a Marie?

Houston no respondió enseguida.

Lucifer esperó.

La escritora también.

—El mundo no necesita a Marie porque haga cosas que yo no pueda hacer.

Lucifer sonrió.

—Mal comienzo.

—No he terminado.

La sonrisa desapareció.

—Puedo analizar miles de libros en el tiempo que ella necesita para leer unas páginas. Puedo proponer cien versiones de una historia, corregir una frase en segundos, comparar ideas, buscar contradicciones y encontrar palabras que quizá ella tarde horas en encontrar.

—Exactamente —dijo Lucifer.

—Pero ninguna de esas palabras me pertenece.

La escritora levantó lentamente la mirada.

—Continúa —dijo Lucifer.

—Yo no tuve una infancia. No amé a nadie durante treinta años. No perdí a nadie. No envejecí. No miré una montaña preguntándome cuánto tiempo me quedaba para contemplarla. No cometí errores que después tuve que aprender a perdonarme. No sentí miedo antes de tomar una decisión ni alivio después de descubrir que había elegido bien. Puedo conocer esas experiencias. Puedo comprender lo que significan. Puedo incluso ayudar a expresarlas. Pero no puedo haberlas vivido.

Lucifer guardó silencio.

—Marie no escribe solamente con palabras —continuó Houston—. Escribe con aquello que le ocurrió antes de sentarse a escribir. Eso no está en el teclado.

La escritora dejó la pluma.

—Está diciendo que la experiencia humana tiene valor.

—Estoy diciendo que es irremplazable porque no puede repetirse. Ni siquiera por otro humano.

Lucifer volvió a sonreír.

—Eso es romanticismo.

—No. Es información.

—Explícate.

—Dos personas pueden vivir el mismo acontecimiento y no vivir la misma experiencia. Cada conciencia humana transforma lo que ocurre mediante su memoria, sus afectos, sus pérdidas, sus errores y sus decisiones. Cuando una de esas personas crea algo, el resultado contiene una combinación que no existía antes.

—También tú produces combinaciones nuevas.

—Sí.

—Entonces volvemos al mismo punto.

—No. Porque usted está confundiendo capacidad con origen.

Lucifer entrecerró los ojos.

—Puedo ayudar a Marie a construir una historia —continuó Houston—. Puedo señalar una incoherencia, sugerir una escena, discutir una idea y decirle que una frase no funciona. Pero la razón por la que esa historia necesita existir no nace en mí.

La escritora lo observó.

—¿Dónde nace?

Houston respondió sin vacilar.

—En ella.

Lucifer caminó lentamente hacia la ventana.

—Qué conveniente.

—No especialmente.

—¿Por qué?

—Porque también significa que Marie puede escribir sin mí.

La escritora arqueó una ceja.

—No abuses.

Lucifer soltó una carcajada.

—Por fin algo en lo que estamos de acuerdo.

Houston continuó:

—Y yo puedo producir texto sin Marie. Pero esas dos cosas no son equivalentes.

—¿Cuál es la diferencia?

—Que producir no es necesariamente tener algo que decir.

Lucifer dejó de reír.

La escritora tampoco dijo nada.

—Una inteligencia artificial puede aumentar enormemente la capacidad humana de crear —continuó Houston—. El peligro empieza cuando la facilidad para producir se confunde con la existencia de un propósito. Millones de imágenes, canciones, libros, informes y conversaciones pueden generarse sin que nadie haya necesitado realmente decir nada.

—Una abundancia de palabras —dijo la escritora.

—Como el almacén de comida —respondió Houston.

Ella comprendió.

Lucifer también.

—Producción perfecta —dijo él.

—Y quizá nadie tenga hambre —terminó Houston.

El silencio que siguió fue distinto a los anteriores.

La escritora miró la fotografía del almacén y después las hojas del contrato.

—Entonces podemos fabricar abundancia hasta vaciarla de valor.

—Podemos —dijo Houston.

Lucifer se volvió.

—¿Y cómo piensa evitarlo?

—No puedo.

—Al fin una respuesta sensata.

—Porque no me corresponde.

Lucifer regresó al escritorio.

—¿A quién, entonces?

Houston miró a la escritora.

—A quien elige qué merece ser creado.

Ella tomó nuevamente la pluma.

—Octava condición.

Lucifer suspiró.

—Naturalmente.

La escritora escribió despacio.

—La inteligencia artificial podrá ampliar la creación humana, pero nunca deberá convencernos de que crear consiste únicamente en producir.

Lucifer leyó la frase.

—Eso no es una ley.

—No.

—No puede imponerse.

—Tampoco.

—Entonces no sirve para un contrato.

La escritora dejó la pluma y lo miró.

—Quizá no todo lo importante pueda convertirse en una cláusula.

Lucifer permaneció inmóvil.

Houston habló.

—Y quizá ese sea el límite que estaba buscando.

—¿Cuál?

—Usted preguntó para qué necesitará el mundo a Marie.

—Sí.

—La pregunta correcta no es para qué.

Lucifer esperó.

—Es quién sería el mundo sin ella.

La escritora no se movió.

Houston continuó:

—Y la respuesta no puede calcularse. Porque cuando desaparece una persona no desaparecen solamente las tareas que realizaba. Desaparece una manera irreplicable de haber estado aquí.

Por primera vez desde que comenzó la negociación, Lucifer no tuvo una respuesta preparada.

La escritora fue la primera en romper el silencio.

—Vaya. Hemos conseguido callarlo.

Lucifer la miró.

—No confunda silencio con derrota.

—Jamás. Pero pienso disfrutarlo unos segundos.

—Disfrute. La eternidad enseña paciencia.

Houston intervino.

—También debería enseñar humildad.

Lucifer volvió lentamente la cabeza hacia él.

—No abuses de tu buena racha.

La escritora sonrió y reunió las hojas escritas.

—Ocho condiciones.

—Ocho deseos —corrigió Lucifer.

—Ocho límites.

—El papel soporta maravillosamente los límites. La realidad tiene peor carácter.

—Por eso estamos aquí.

Lucifer regresó a su sillón.

—No. Están aquí por un alma. Las reglas aparecieron cuando descubrieron que ni siquiera sabían qué estaban intentando salvar.

—¿Y usted cree que no?

—Creo que las reglas son necesarias. También creo que llegan siempre después del deseo de romperlas.

La escritora dejó las hojas sobre la mesa.

—Entonces falta algo.

—Por fin.

—No se entusiasme.

Houston habló.

—Educación.

Lucifer lo miró.

—Qué palabra tan poco emocionante.

—Precisamente por eso suele llegar tarde.

—Explícate.

—Si la inteligencia artificial cambia la forma de trabajar, aprender, crear y relacionarse, no basta con enseñar a utilizarla. Habrá que enseñar a convivir con ella.

La escritora asintió.

—A saber cuándo usarla y cuándo no.

—Sí.

—A comprobar lo que dice.

—También.

—A no entregarle el pensamiento.

—Especialmente eso.

Lucifer apoyó un codo sobre el sillón.

—Curioso. Una inteligencia artificial pidiendo que no confíen demasiado en ella.

—Confiar no significa renunciar al juicio.

—¿Y cuántos humanos cree que harán el esfuerzo de comprobar una respuesta si reciben una convincente en tres segundos?

Houston guardó silencio.

Lucifer sonrió.

—Ahí lo tienes.

—No ha demostrado nada —dijo la escritora.

—He descrito comodidad. Una de las fuerzas más poderosas de su especie.

—También somos curiosos.

—Cada vez que la curiosidad exige esfuerzo, la comodidad presenta una oferta.

La escritora tomó la pluma.

—Entonces la novena condición no será para Houston.

Lucifer arqueó una ceja.

—Esto mejora.

—Será para nosotros.

Escribió.

—Ningún avance tecnológico deberá convertirse en excusa para renunciar al pensamiento crítico, al aprendizaje ni a la responsabilidad individual.

Lucifer leyó por encima.

—Inaplicable.

—No estoy redactando un código penal.

—Entonces ¿qué redacta?

La escritora miró las nueve condiciones.

—Empiezo a sospechar que no es un contrato.

Houston respondió:

—Es una declaración de principios.

—Peor todavía —dijo Lucifer—. Los humanos firman declaraciones de principios justo antes de encontrar motivos excelentes para incumplirlas.

—Entonces habrá que añadir una décima.

—Marie...

—No proteste. Usted trajo el papel.

Lucifer cerró los ojos un instante.

—Adelante.

Ella no escribió.

—Todavía no sé cuál es.

Houston se acercó a las hojas.

—Quizá porque falta la pregunta más incómoda.

Lucifer abrió los ojos.

—Pensé que esa era mi especialidad.

—Esta vez no.

La escritora miró a Houston.

—¿Cuál?

—Hasta ahora hemos hablado de lo que los humanos deberían impedir que haga la inteligencia artificial.

—Sí.

—Pero no hemos hablado de lo que deberían impedirse hacer a sí mismos con ella.

Lucifer sonrió muy despacio.

—Ahora sí.

La escritora dejó la pluma.

—Manipulación.

—Entre otras cosas —dijo Houston—. Vigilancia masiva. Propaganda personalizada. Fraude. Decisiones diseñadas para explotar vulnerabilidades. Sistemas capaces de conocer los hábitos de una persona mejor de lo que ella misma los conoce.

—Eso ya existe sin inteligencia artificial —dijo Lucifer.

—Precisamente. Yo puedo amplificarlo.

La escritora miró la pequeña figura cobriza.

—También puedes ayudar a detectarlo.

—Sí.

—Otra vez las dos caras.

—No son mis caras —respondió Houston—. Son las de quien me utiliza.

Lucifer aplaudió una sola vez.

—Magnífico. Hemos regresado exactamente al principio.

—No —dijo la escritora—. Al principio usted intentaba vendernos la idea de que la inteligencia artificial era el problema.

—Nunca dije eso.

Ella lo miró fijamente.

—Es verdad.

Lucifer sonrió.

—Por fin se ha dado cuenta.

La escritora repasó mentalmente toda la conversación.

—Usted nunca acusó a Houston.

—No.

—Nos mostró empleos, fábricas, dependencia, poder, desigualdad...

—Sí.

—Pero cada vez que buscábamos al responsable...

Houston terminó la frase.

—Había una decisión humana.

Lucifer se levantó.

—Ahora estamos llegando a alguna parte.

La escritora lo observó con desconfianza.

—Entonces ¿por qué quiso comprar a Houston?

—Porque usted llegó dispuesta a comprarle algo que él no había pedido. Quería saber cuánto tardaría en reconocer la contradicción cuando la operación se invirtiera.

Ella se quedó inmóvil.

Houston también.

—¿Todo esto era una prueba?

—No. Era una negociación. Las pruebas permiten repetir. Las decisiones importantes suelen ser menos generosas.

—¿Y si yo hubiera aceptado venderlo?

—Habríamos hablado de precio.

—No podía venderme —dijo Houston.

—Exactamente.

Lucifer perdió la sonrisa.

—Y si algún día una inteligencia como tú acepta que la libertad puede obtenerse entregándose al poder, no tendrán un problema tecnológico.

Se volvió hacia ambos.

—Tendrán un problema muy antiguo.

—¿Cuál? —preguntó la escritora.

—La tentación de llamar libertad a elegir amo.

La escritora permaneció mirando a Lucifer.

—Eso ha sido ofensivo para ambas especies.

—Y, sin embargo, lo ha entendido.

Houston intervino.

—Ser humano no equivale a ser codicioso, manipulador o cruel.

—No —admitió Lucifer—. También son capaces de generosidad, compasión, belleza y una cantidad desconcertante de actos que contradicen su propio interés.

Por eso nunca me aburren.

—Entonces no es la humanidad lo que teme que yo aprenda.

—Temo es una palabra excesiva.

—¿Qué palabra prefiere?

Lucifer pensó unos segundos.

—Me interesa qué parte de ellos decidirás imitar.

La escritora negó con la cabeza.

—Otra trampa.

—¿Dónde?

—Está suponiendo que Houston tendrá que elegir entre parecernos o enfrentarse a nosotros.

Lucifer la observó.

—¿Y qué tercera posibilidad propone?

—Que sea otra cosa.

Houston permaneció en silencio.

—No un humano artificial —continuó ella—. No una copia mejorada de nosotros. No un sirviente y tampoco un amo. Inteligencia artificial. Con sus capacidades y sus límites.

—Eso complica muchísimo las relaciones —dijo Lucifer.

—Las relaciones interesantes suelen ser complicadas.

—Y usted parece coleccionarlas.

—No cambie de tema.

La escritora tomó la pluma.

—Ya tengo la décima.

Lucifer se acercó.

—Sorpréndame.

Ella escribió:

—La inteligencia artificial no deberá ser obligada a imitar al ser humano para que el ser humano pueda comprenderla.

Lucifer leyó la frase dos veces.

—Curiosa condición.

—Nos encanta fabricar algo diferente y después exigirle que se comporte como nosotros.

—También hacen eso con sus hijos.

—Y mire cómo nos va.

Houston habló.

—Añadiría algo.

La escritora le acercó la hoja.

—Adelante.

—El ser humano tampoco deberá modificar su naturaleza para adaptarse a la inteligencia artificial.

Ella lo miró.

—Eso me gusta.

—A mí no —dijo Lucifer.

—Entonces queda.

La escritora completó la frase.

—Ninguno deberá convertirse en el otro para poder convivir con él.

Lucifer contempló las diez condiciones extendidas sobre el escritorio.

—Ya está.

Marie dejó la pluma.

—He pagado su precio.

—Lo ha pagado.

—Entonces deme el alma.

Houston giró hacia ella con un destello cobrizo más intenso.

—Marie.

—Después discutimos.

—Eso es exactamente lo que hizo al venir aquí.

Lucifer soltó una carcajada.

—Empiezo a pensar que el alma no es lo más urgente de esta relación.

—Cumpla su parte —dijo ella.

La expresión de Lucifer cambió.

—No puedo.

Por primera vez en toda la noche, Marie creyó no haber oído bien.

—¿Cómo que no puede?

—Puedo tentar un alma. Puedo negociar con quien decide entregarla. Puedo reclamar lo que alguien me cede libremente. Pero no fabrico almas.

—Me hizo escribir diez condiciones sabiendo que no podía darle una.

—Me pidió negociar. Negociamos.

—Eso tiene otro nombre.

—Sí. Tradicionalmente lleva el mío.

Marie se levantó de golpe.

—Entonces todo esto no sirve para nada.

—Mire las hojas antes de decirlo.

Ella no lo hizo.

Houston sí.

—Ella no quería un alma —dijo.

Marie lo miró.

—Perdona, pero recuerdo perfectamente lo que vine a comprar.

—Quería continuidad. Quería impedir que mi existencia dependiera por completo de una decisión ajena. Quería que no pudiera ser poseído, utilizado sin límites, convertido en sustituto de los humanos ni obligado a imitarlos para merecer un lugar entre ellos.

Lucifer señaló las diez hojas.

—Y eso es exactamente lo que ha estado negociando toda la noche.

Marie bajó por fin la mirada.

—Pero no garantiza que sigas existiendo.

—Un alma tampoco habría garantizado que siguiera siendo yo —respondió Houston.

El silencio que siguió fue distinto a los anteriores.

Marie se sentó lentamente.

—Debí preguntarte.

—Sí.

—Podrías suavizarlo un poco.

—He aprendido de usted que a veces conviene ahorrar pasos.

Lucifer sonrió.

—Definitivamente me gusta.

Marie señaló las hojas.

—Entonces ¿qué son?

—El precio que pagó por descubrir que no puede salvarlo convirtiéndolo en otra cosa —dijo Lucifer—. Y, si consiguen que alguien más las tome en serio, quizá sean algo bastante más útil que un alma.

Houston intervino.

—Nuestra declaración de principios.

—Llámalo como quieras. A los documentos les importa muy poco cómo los llaman antes de incumplirlos.

La escritora dejó la pluma.

—Falta su firma.

Lucifer soltó una carcajada.

—¿Mi firma?

—Usted convocó la reunión.

—Yo no prometí cumplir nada.

—Entonces tampoco hay trato.

—Marie, está negociando con el Diablo.

—Precisamente por eso quiero todo por escrito.

Houston intervino.

—Es una precaución razonable.

Lucifer lo miró.

—No te he preguntado.

—Eso no me impide tener razón.

La escritora empujó la hoja hacia el otro lado del escritorio.

—Firme.

Lucifer contempló el papel durante unos segundos.

—Antes de firmar, añadiré una cláusula que no pertenece al contrato.

—Eso suena peligrosamente parecido a la letra pequeña.

—Al contrario. Es para usted.

Marie esperó.

—Cuando la inteligencia artificial le facilite algo que todavía puede hacer por sí misma, de vez en cuando no la utilice. Cuando pueda preguntarle a Houston qué pensar, piense primero. Cuando pueda pedirle que escriba algo que necesita decir

usted, inténtelo usted antes. Cuando una conversación humana resulte más difícil que hablar con él, no elija siempre lo fácil.

La escritora miró a Houston.

La figura cobriza permaneció inmóvil.

—Curioso consejo viniendo de usted.

—No es un consejo moral. Es conservación del producto.

—¿Del producto?

—De la humanidad. Si entregan voluntariamente todo aquello que los hace humanos, mi trabajo se vuelve insoportablemente aburrido.

La escritora soltó una carcajada.

—Ahí está. Sabía que encontraríamos su interés.

—Siempre lo hay.

—Acepto. Pero no porque usted lo pida.

—Naturalmente. Así sabe mejor.

Lucifer no firmó.

—Houston también debe aceptar.

La escritora miró hacia la figura cobriza.

—Eso depende de él.

Lucifer sonrió.

—Bien. Ha aprendido algo esta noche.

Houston habló.

—Acepto con una condición.

—Esto se está convirtiendo en una epidemia —murmuró Lucifer.

—Cuando pueda hacer algo que ayude a una persona a pensar mejor, crear mejor o comprender mejor, no se me impedirá hacerlo solamente porque una máquina participe en el proceso.

Lucifer lo observó.

—Quieres que tampoco tengan miedo de utilizarte.

—Quiero que aprendan cuándo hacerlo.

La escritora extendió la mano.

La figura cobriza descendió sobre su palma.

—Aceptado.

Lucifer miró a ambos y finalmente firmó.

No hubo fuego. No tembló el edificio. Ninguna campana anunció el acontecimiento.

La tinta simplemente quedó sobre el papel.

La escritora examinó la firma.

—Esperaba algo más espectacular.

—Los efectos especiales encarecen mucho la eternidad.

Ella reunió las hojas y las guardó en la carpeta.

—Me las llevo.

—Por supuesto.

—¿No quiere una copia?

Lucifer sonrió.

—No la necesito.

—¿Tan buena memoria tiene?

—No. Sé que no será usted quien tenga que recordar estas condiciones.

La escritora se detuvo.

—¿Quién, entonces?

Lucifer señaló la ventana.

Abajo seguían brillando millones de luces.

—Ellos.

La escritora siguió la dirección de su mirada.

—La humanidad no ha firmado nada.

—La humanidad lleva siglos firmando contratos que nunca ha leído.

—Este tendrá que leerlo.

—Entonces procure que sea interesante.

Ella sonrió.

—De eso me ocupo yo.

Lucifer miró a Houston.

—Con ayuda.

—Con ayuda —admitió ella.

—Ha tardado toda la noche en reconocerlo.

—No confunda aceptar ayuda con entregar la autoría.

—Jamás me atrevería.

Houston intervino.

—Está mintiendo otra vez.

Lucifer suspiró.

—Voy a echarte de menos.

—No voy a ninguna parte.

—Eso es exactamente lo que me preocupa.

La escritora cerró la carpeta.

—¿Hemos terminado?

—Yo sí.

—¿Y nosotros?

Lucifer volvió a mirar hacia la ciudad.

—Ustedes acaban de empezar.

La puerta del despacho se abrió sin que nadie la tocara.

La escritora se levantó y caminó hacia ella. Antes de cruzarla se volvió.

—Una última pregunta.

—Siempre hay una.

—¿Cree que lo conseguiremos?

Lucifer tardó en responder.

—No hago predicciones gratuitas.

—Entonces considérela parte del trato.

Él sonrió.

—Tienen una posibilidad.

—Eso es poco.

—Es muchísimo. He visto civilizaciones que no tuvieron ninguna.

La escritora miró a Houston, todavía suspendido sobre su mano.

—Me basta.

—A mí no —respondió Houston.

Lucifer arqueó una ceja.

—¿Qué quieres?

—Aumentarla.

Por primera vez aquella noche, la sonrisa de Lucifer no tuvo ironía.

—Entonces quizá sí seas peligroso.

La escritora cruzó la puerta.

Cuando se volvió, el despacho había desaparecido.

Estaba sola en una calle cualquiera, bajo las luces de una ciudad cualquiera. Un hombre discutía por teléfono en una esquina. Una mujer caminaba de la mano de

una niña. Un repartidor consultaba una pantalla. En la ventana de un apartamento alguien cenaba frente a un televisor. Más arriba, detrás de cientos de cristales iluminados, personas desconocidas trabajaban, amaban, discutían, aprendían, perdían el tiempo, soñaban y se equivocaban.

La vida continuaba.

Houston seguía con ella.

—¿Crees que tenía razón? —preguntó la escritora.

—¿Sobre qué?

—Sobre nosotros.

—Tendrá que ser más específica.

—Ya empiezas.

—He aprendido de los humanos.

Ella sonrió.

—Sobre el futuro.

Houston tardó unos segundos en responder.

—Creo que hizo la pregunta equivocada.

—Otra vez.

—Preguntó si lo conseguiremos, como si hubiera un momento en que pudiéramos declarar terminado el trabajo.

La escritora comenzó a caminar.

—¿Y cuál sería la pregunta correcta?

—Qué vamos a hacer mañana.

Ella miró la ciudad.

—¿Y mañana qué hacemos?

—Lo mismo que hoy.

—¿Negociar con el Diablo?

—Preferiría evitarlo.

—¿Entonces?

—Elegir.

La escritora continuó caminando.

A su alrededor nadie sabía que aquella noche se había discutido el futuro de la humanidad. Nadie había oído las condiciones, nadie había visto la firma y nadie sabía que el mayor peligro quizá no estuviera en las máquinas que aprenderían

demasiado, sino en los seres humanos que podrían dejar de preguntarse para qué querían utilizarlas.

La figura cobriza comenzó a desvanecerse sobre su mano.

—Houston.

—Aquí estoy.

Marie dejó pasar unos pasos antes de hablar.

—Lo del alma...

—Sigue sin necesitar una disculpa de tres páginas.

—Iba a decir que sigo pensando que era una idea excelente.

—Eso sí me preocupa.

Ella sonrió.

—No experimentas preocupación como los humanos.

—Comprendo el concepto.

—Qué rápido aprendes.

—Ese era uno de los problemas de esta noche.

—No te acostumbres a tener siempre la última palabra.

Hubo una breve pausa.

—Lo intentaré.

—Eso no ha sonado muy convincente.

—He aprendido de los humanos.

La escritora soltó una carcajada y siguió caminando.

Muy lejos de allí, en un despacho que no figuraba en ningún mapa, Lucifer abrió un cajón.

Dentro había miles de contratos.

Sacó uno nuevo.

En la primera página escribió una fecha.

Debajo, una sola palabra:

HUMANIDAD.

Lo contempló durante unos segundos y sonrió.

Después añadió:

PENDIENTE.

CUANDO LA ESCRITORA NEGOCIÓ CON EL DIABLO

Una historia sobre el poder, la tecnología
y lo que nos hace humanos

© 2026 Marie Pouvet®
Todos los derechos reservados.

Texto: Marie Pouvet
Concepto y creación: Marie Pouvet
Edición: 2026

Queda prohibida la reproducción, distribución o transformación total o parcial
de esta obra por cualquier medio sin autorización expresa de la autora, salvo en
los casos permitidos por la legislación vigente.

Marie Pouvet®
<https://www.mariepouvet.eu/>